

3 mayo 2008
6/11/08

Luis I. Colón Rodríguez
Dirección escénica II
Prof. Jose F. Gómez

UN CUENTO DE TADAS

CUADRO PRIMERO

DE NOCHE



Sala recargada de lujos inútiles que reflejan la voluntad viciosa de CAROLA. A la derecha, ventana de teja española que la luz de la luna proyecta sobre los muebles y paredes. Al fondo, puerta al interior de la casa. A la izquierda, puerta de la calle. Mesita con teléfono, junto al sofá.

Al descorrerse el telón, CAROLA da la espalda a la ventana y mira fijamente a la puerta de la calle. Luego se cubre las manos impacientemente y comienza a pasearse de un lado a otro de la sala. CAROLA es una mujer de treinta años, que cotidianamente realiza su hercúlea hincapié en los salones de belleza. Sus gestos revelan una mujer que solo se satisface con el ejercicio continuo de su voluntad. En efecto, CAROLA ha crecido en el hábito del capricho, con el cual se enfrenta al futuro. Su forma de hablar y de moverse descubren una naturaleza oscura enchapada por el barniz del refinamiento que exhiben muchas personas de la clase enriquecida. Esta noche viste un costoso traje de baile adornado con lentejuelas.

Un automóvil se detiene afuera. CAROLA corre a la mirilla de la puerta, la abre y se cerciora de la persona que ha llegado. Cierra la mirilla, abre la puerta, se retira de esta y asume postura de estatua junto a la ventana. Poco después entra RAFAEL con lentitud, pasándose una mano por la frente. Se detiene a pocos pasos de la puerta, se vuelve, la mira y luego la cierra. RAFAEL contará treinta y cinco años. Hay en su rostro una expresión angustiada y noble que contrasta con la felinidad de CAROLA. Intenta siempre hablar con un reposo en el cual, no obstante, se trasluce un alma en conflicto entre su sueño y su circunstancia. Sus palabras nacen precedidas de un afán de pensar, de sorprender las razones profundas de la vida.

CAROLA.—(Secamente.) ¡Rafael!

RAFAEL.—(Como si despertara.) ¡Ah...! ¡Oh!, perdona. He llegado aquí como en un sueño. (CAROLA esboza un gesto de

1082801
1178965

Personajes:

- Rafael
- Carola
- Miguel
- Antonio

Seminario Multidisciplinario Josemilio González
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

Ante Francisco Arivi
- Escena en un acto
y tres cuadros.

1082801
C.V.

desprecho.) Frente a los puentes se me nubló la vista. La cabeza comenzó a darme vueltas. Luego..., luego no sé cómo he guiado el automóvil hasta aquí.

CAROLA.—¿Dónde estabas?

RAFAEL.—*(Como un eco.)* ¿Dónde?... *(Pausa.)* Pues ¿dónde voy a estar? En mi oficina.

CAROLA.—Llamé a las ocho y habías salido.

RAFAEL.—¿Cuándo?

CAROLA.—A las ocho.

RAFAEL.—Las ocho son ahora.

CAROLA.—¡No me digas!...

RAFAEL.—¿Y, qué hora es?

CAROLA.—*(Señalando la relojera de RAFAEL.)* ¡Tu reloj!

RAFAEL.—*(Mira confundido a CAROLA.)* Las menos cuarto ahora.

CAROLA.—*(Imperiosa.)* Veamos...

RAFAEL.—*(Mira a CAROLA un segundo y luego saca el reloj con cierto automatismo.)*

CAROLA.—¿Qué hora es?

RAFAEL.—*(Permanece con los ojos fijos en el reloj.)*

CAROLA.—¿Las ocho de la noche o la una de la madrugada?

RAFAEL.—*(Alzando la vista.)* No puede ser.

CAROLA.—*(Extiende el brazo con reloj de pulsera en dirección a RAFAEL.)* ¡Mira!

RAFAEL.—*(Se acerca al reloj de CAROLA y confirma la hora.)* ¡La una!

CAROLA.—¡Sí! ¡La una!

RAFAEL.—*(Para sí.)* No es posible.

CAROLA.—*(Risa corta.)*

RAFAEL.—Carola, te aseguro que salí de la oficina hará..., hará una hora. Como a las siete.

CAROLA.—Según mi reloj y tu reloj, has tardado seis horas en llegar.

RAFAEL.—*(Mira su reloj.)*

CAROLA.—*(Señalando el reloj de RAFAEL.)* ¡La una! *(Señala su reloj.)* ¡La una!... Se te olvidó que existen relojes.

RAFAEL.—Es extraño. Te repito que salí de la oficina hará una hora.

CAROLA.—Admito tu sangre fría.

RAFAEL.—¿No me crees?... Pues sí. Salí de la redacción hará una hora. Terminé de revisar las pruebas para el próximo número de la revista... Llamé a Tomás para que limpiara y salí. Tomás puede informar a la hora que salí.

CAROLA.—¿Podrías informar con quién te encontraste a la salida?

RAFAEL.—Con nadie. Subí al automóvil y me encaminé aquí.

CAROLA.—Y tardaste seis horas en recorrer un camino que toma media hora.

RAFAEL.—Tiene que haber sucedido algo que no puedo precisar. Sólo recuerdo un malestar y las luces del puente girando frente a mis ojos.

CAROLA.—O las luces de un café amenizado por una orquesta. Mientras tanto, tu mujer, vestida para el baile, esperaba por ti toda la noche.

RAFAEL.—*(Casi para sí.)* No tengo la menor duda. Al bajar vi la hora en el restorán de la esquina: ¡las siete! Abordé el automóvil con el propósito de llegar lo más pronto posible.

CAROLA.—*(Irónica.)* ¿De veras que te devoraba el deseo de llevarme al baile?

RAFAEL.—Me había comprometido a llevarte.

CAROLA.—¿Rafael con deseo de llevarme a un baile de mi gente!

RAFAEL.—*(Sincero.)* Créeme. Algo me ha sucedido otra vez.

CAROLA.—¡Oh, sí! Un hada te transportó al mundo de los sueños.

RAFAEL.—*(Mirando con seriedad.)* ¿Deseas o no deseas que te explique?

CAROLA.—¿Por qué me has dejado esperando como una imbécil? No. Ahórrate las excusas. Eso sí... Cuéntame. En ese mundo de hadas se aplauden las amantes.

RAFAEL.—¡Oh! Veo el motivo de tu enojo.

CAROLA.—*(Tratando de contener la ira que la ha ido do-*

minando.) ¿Enojo yo, estúpido? Solo te pregunto si en lugar de damas se invitan chivas.

RAFAEL.—(La contempla con cierto desprecio.)

CAROLA.—¡Sí, chivas! (Pausa.)

RAFAEL.—(Inalterable.) ¡Carola! ¡Haz un esfuerzo por escucharme!

CAROLA.—(Dominada por la ira.) ¿Tus disfraces? Por lo menos has podido llamar y decirme que te arrepentías de llevarme al baile. ¿Qué importa aburrirse una vez más entre tus libros absurdos y pesados o dormirse con la música latosa de tus discos?

RAFAEL.—¡Ya! Puedes decir todo lo que gustes. ¡Todo!

CAROLA.—¿Tan embebido estabas con esa mala mujer que se te olvidó el teléfono de tu casa?... Es muy fácil de recordar. (Corre a la mesita del teléfono y toma papel y lápiz. Acercándose a RAFAEL.) Toma. Apúntalo.

RAFAEL.—(Toma filosóficamente el papel y el lápiz que le ofrece CAROLA.)

CAROLA.—El número de tu casa..., donde vive tu mujer..., yo..., ¿la conoces?..., a la cual perteneces por ley..., es..., repítelo conmigo...

RAFAEL.—(Se dirige a la mesita y deja en ella, el lápiz y el papel.)

CAROLA.—...dos..., cero..., cero..., cero..., cero...

RAFAEL.—¡Gracias! (Pausa.) ¿Quieres escucharme un minuto?

CAROLA.—¿De dónde te nace la pasta? ¿Consejos de esa?

RAFAEL.—Una breve explicación y me marcho a mi cuarto.

CAROLA.—¿Nuevos embustes, como las otras veces que has llegado tarde?

RAFAEL.—Las otras veces que he tratado de explicarte y ha sido inútil. Veo que esta vez tendré menos suerte.

CAROLA.—¡Mientes de cobarde!

RAFAEL.—Te digo que entre la oficina y esta casa he perdido la conciencia de mí.

CAROLA.—(Abofeteándole.) ¡Farsante!

RAFAEL.—(La agarra por los brazos con un impulso incontenible.) ¡Carola!

CAROLA.—(Gritándole en la cara.) ¡Cómico! ¡Actorzuelo! (Pausa.)

RAFAEL.—(Soltándola lentamente, después de hacer un esfuerzo por dominarse.) ¡Carola! Me he propuesto, en lo más profundo de mí, no reñir más contigo.

CAROLA.—¿Qué remedio te queda! No tienes excusas.

RAFAEL.—Basta con rebajarme a seguir llevando esta vida.

CAROLA.—¿Te rebajas? ¿Tú? ¿Qué te hace mejor que yo? ¿Esos artículos que mi padre te paga a mano de oro porque eres mi marido?

RAFAEL.—¿Qué tú crees?

CAROLA.—¡Tamaña idiotez!

RAFAEL.—Concede que elegiste un idiota para marido.

CAROLA.—¡Perfecto! Tan redondamente aburrido, que ahora mismo no comprendo por qué te elegí entre diez más, interesantes que tú.

RAFAEL.—Quizá porque gozaba de algún prestigio entre los estudiantes.

CAROLA.—Prestigio de andar con negros y de defender la pillería de los pobres contra nosotros.

RAFAEL.—Con más justicia. La necesidad contra la pillería.

CAROLA.—Vamos. Si los pones así. Una pillería de la cual te has beneficiado al ascender en el periódico de mi padre.

RAFAEL.—(Sentándose en el sofá tranquilamente.) Ascender ha significado aprobar y escribir un montón de mentiras.

CAROLA.—Y ganar importancia para atraerte a esa mujer.

RAFAEL.—¿De veras que lo crees? ¿Que estaba con una mujer?

CAROLA.—No me será difícil averiguarlo.

RAFAEL.—¿Cuándo comienzas a buscar la que estaba conmigo? ¿Hoy?

CAROLA.—Mañana temprano.

RAFAEL.—Se justifica si crees en fantasmas.

CAROLA.—Preguntaré a tus amigos dónde estabas los días que has llegado tarde.

RAFAEL.—¿Y si no estuve con ellos?

CAROLA.—¡Preguntaré por ella! (Pausa.)

RAFAEL.—(Sonríe con amargura.) Tus celos deberían alegrarme; pero nada existe entre nosotros que los haga legítimos.

CAROLA.—Si confirmo que existe otra, Rafael...

RAFAEL.—Muy a mi pesar, no existe. No he querido que exista.

CAROLA.—...entonces nuestro hijo perderá a su padre.

RAFAEL.—(Vuelve los ojos hacia CAROLA y la mira con ojos vacíos de emoción.)

CAROLA.—(Adueniéndose de la situación.) No te apures. La ley te permitirá verlo dos o tres veces al año.

RAFAEL.—(Lentamente.) Tener por tener. A cualquier precio. El alma de un niño por el lujo de tenerme.

CAROLA.—Yo misma te lo llevaré de la mano y le diré: "¡Tu padre!" Porque quizá Rafaelito haya dejado de conocerte.

RAFAEL.—Me maravilla mi paciencia contigo. Aun pesando mi amor por Rafaelito, me maravilla. Es lucha contra todas las fuerzas de mi espíritu.

CAROLA.—(Secamente.) Hasta mañana, Rafael. (Se dirige a la puerta del fondo.)

RAFAEL.—¡Carola!

CAROLA.—(De espaldas a RAFAEL.) ¿Qué deseas?

RAFAEL.—(Como si oprimiera los pensamientos.) Esto. Para de una vez evitar escenas delante de Rafaelito.

CAROLA.—¡Date prisa!

RAFAEL.—Trata de escuchar lo que voy a decir. Es, irónicamente, el reverso de lo que soné ser.

CAROLA.—(Volviéndose.) ¡A ver!

(Cruzan por unos segundos miradas frías de emoción.)

RAFAEL.—(Después de meditar unos segundos.) Carola, hace tiempo he decidido no importar nada para la vida. Ni luchando por los ideales que no me has ayudado a vivir. Ni amando a otra mujer capaz de comprenderme y enriquecer mi espíritu. En nada que me salvara de esta muerte; pero dejar a mi hijo a tu merced... Para que Rafaelito crezca despierto a las razones profundas del hombre me he resignado al sacrificio de mi persona.

CAROLA.—Una casa cómoda y una buena suma en el bolsillo, ¿no alivian un tanto estos sacrificios?

RAFAEL.—(Sobre las palabras de CAROLA.) Créeme. Rafaelito importa más que yo, y estoy dispuesto a salvar su alma con mi alma.

CAROLA.—¿Terminaste?

RAFAEL.—¡No! Concédeme unos minutos más. Después de todo, hoy fijamos nuestras vidas para siempre.

CAROLA.—Pudiera ser.

RAFAEL.—Será... Para que reines la tranquilidad en esta casa me humillo a decirte que no existe ninguna mujer que ponga en peligro..., bueno..., digamos... la felicidad de este hogar. Las noches que he llegado tarde... he debido estar en algún lugar, pero te juro que desconozco donde.

CAROLA.—No será difícil averiguarlo.

RAFAEL.—Es tan extraño que no lo puedes creer. Yo tampoco lo puedo creer: cinco horas sin conciencia de mí. ¿Dónde? ¿Cómo?... ¿Con quién?... No sé. Mañana espero hablar con Miguel. Investigar. Después veré a un médico. ¿Sabes que a veces se pierde la memoria por horas, días? Personas hay que la pierden para siempre.

CAROLA.—Es muy fácil perder la memoria en brazos de otra mujer. Una vez yo también te la hacía perder.

RAFAEL.—(Después de mirarla fríamente un segundo.) Solo puedes creer que otra mujer ha tenido más poder que tú. Siempre te mediste por el poder de los demás. Es tu manera de ser. Lo comprendo y no quiero argumentar.

CAROLA.—(Acercándose al sofá.) ¿Más poder que yo? ¿Contigo?... ¡No! Contigo, ¡no! Hay muchas formas de tener poder..., y en tu caso ella no dispone del que yo dispongo. Uno puede por uno mismo... o puede por otras razones...; digamos... por el amor de padre a hijo.

RAFAEL.—(Sin poder contenerse.) ¡Arpia!

CAROLA.—(Gozándose con la ira de RAFAEL.) Al fin de cuentas arrojan el mismo resultado.

RAFAEL.—(Desvía la mirada haciendo esfuerzos por contenerse.)

CAROLA.—(Clavando banderilla.) ¿Reñimos?

RAFAEL.—(Moviendo la cabeza negativamente.) No. Ya te dije que me he propuesto tolerarte. Perdona que te llamara arpía. Está decidido. Quiero poner mi mente, mi vida, en orden. Aunque sea un falso orden. Por lo menos, ayúdame a esto.

CAROLA.—¡Buenas noches! ¡Que descanses! (CAROLA desaparece por la puerta de fondo.)

(RAFAEL permanece pensativo unos segundos; luego lleva una mano a la frente como si tratara de recordar. Sus gestos indican una desesperación contenida. Saca el reloj y confirma la hora. Piensa. Se encoge de hombros y guarda el reloj... Se lleva una mano al bolsillo y saca una caja de cigarrillos. Toma uno. Comienza a buscar los fósforos en el mismo bolsillo y no los encuentra. Los busca en otro, y en lugar de ellos extrae con sorpresa en el rostro un fino pañuelo de mujer. El cigarrillo se le cae de la boca. Examina el pañuelo en busca de una inicial. La encuentra y la mira con gran asombro.)

TELON

CUADRO SEGUNDO

EN EL ATARDECER

Reservado de café junto al mar. RAFAEL aparece sentado en una mesita solitaria. Un amplio ventanal descubre una playa del trópico. ANTONIO, mozo joven de café, se acerca con una copa de vino

ANTONIO posee cierta astucia y alegre picardía, que le cosecha abundantes propinas. Se ufana de comprender a la perfección y con tolerancia filosófica las situaciones que cristalizan en un café de reservados

ANTONIO.—(Después de poner la copa sobre la mesa.) ¿Algo más, don Rafael?

RAFAEL.—Nada más por el momento.

ANTONIO.—(Con picardía.) Digamos algunas flores sobre la mesa. Hemos recibido unas gladiolas lindísimas.

RAFAEL.—(Extrañado.) ¿Flores, Antonio?

ANTONIO.—(Sonríe.)

RAFAEL.—¿Por qué miras de ese modo?

ANTONIO.—No me haga caso, don Rafael.

RAFAEL.—Tan pronto llegue Miguel dile que me encuentro aquí.

ANTONIO.—¡Oh! Entonces las flores están de más. (Hace ademán de salir.)

RAFAEL.—¡Antonio!

ANTONIO.—(Deteniéndose.) ¡Señor!

RAFAEL.—¿Te he pedido flores antes?

ANTONIO.—Ayer.

RAFAEL.—¿Ayer?

ANTONIO.—¿No recuerda?

RAFAEL.—Habrá sido otra persona que se parecerá a mí... Ayer no estuve aquí.

ANTONIO.—(Pasándose de listo.) ¡Oh, sí! ¡Cierto! Ayer no estuve aquí..., ni el miércoles... ¡Qué estúpido soy!... ¡Y después regaño a los otros mozos! ¡No! ¡Claro! No estuve aquí ayer. (Simpático.) Don Rafael..., la verdad es que a veces resulto un perfecto entrometido. (Sale.)

(RAFAEL hace un gesto para detener al mozo, pero cambia de idea. Piensa un momento y extrae de un bolsillo el pañuelo de mujer. Lo contempla con curiosidad, haciendo evidentes esfuerzos por recordar. Luego lo guarda y sorbe un trago de vino. Queda pensativo con la vista perdida en el paisaje del mar. Entra ANTONIO, seguido de MIGUEL. Ambos se detienen junto a la puerta, y después de mirar a RAFAEL sonríen con inteligencia. MIGUEL debe contar cuarenta años. Se expresa vivamente, pero sin densidad. Se acomoda con gran facilidad a cualquier idea que se le ocurre. Mezcla lo serio y lo cómico con desparpajo risueño. Ataca la vida a manera de "pizzicato", en contraste con los acordes profundos de RAFAEL. Por la misma razón se complementan.)

MIGUEL.—(Desde la puerta.) ¿Disgustos familiares?

RAFAEL.—(Permanece con la vista perdida en el mar.)

(MIGUEL y ANTONIO se miran significativamente. MIGUEL indica con un gesto que RAFAEL siempre vive perdido en las

nubes. ANTONIO asiente, y añade picarescamente que hay motivos.)

MIGUEL.—(Acercándose a RAFAEL.) ¡Rafael!

RAFAEL.—(Volviéndose al reservado.) ¡Ah!, ¡oh! ¡Sí! ¡Hola! ¡Miguel!... Siéntate... ¿Quieres tomar una copa de vino?

MIGUEL.—¡No, gracias! Ya sabes cómo interpreta Margarita los olores de vino en mi boca.

RAFAEL.—Pues pide otra cosa.

MIGUEL.—(Al mozo.) ¡Café! Ya sabes. Acabado de colar.

ANTONIO.—Seguro. Haré que lo cuelen especialmente para usted. Del mejor de la isla. Puro aroma. (Sale.)

RAFAEL.—(Después de una pausa.) Te habrá extrañado mi llamada.

MIGUEL.—No. No me extrañó. Cuando riño con Margarita seriamente, ¿no te cito aquí a oír mis penas?

RAFAEL.—No he reñido con Carola.

MIGUEL.—Bueno, riñó ella contigo. Es lo mismo... o peor. Peor. Porque cuando riñe uno de los dos solamente, las brasas siguen ardiendo.

RAFAEL.—¡Miguel! Hace días me comprometí a evitar escenas con Carola.

MIGUEL.—¡Magnífico! Carola, sin embargo, no ha firmado ese pacto con ella. Ni lo firmará. Si tú no quieres, ella se empeñará en reñir. Ciertas mujeres necesitan de estas fastidiosas peleas. Por lo menos esta vez te prepara una escena como nunca pensaste...

RAFAEL.—¿Te llamó a la oficina?

MIGUEL.—¿Me prometes no decirlo?

RAFAEL.—(Se encoge de hombros.)

MIGUEL.—Te lo advierto porque, en el calor de la pelea, se te escapa mi nombre y ¡adiós mis cuartos! Pierdo la confianza de Carola, la cual significa tu amistad también.

RAFAEL.—¡Descuida!

MIGUEL.—Pues bien. Hizo algo más que dar un timbrazo. Me visitó en mi oficina una hora antes de tu llamada y me preguntó muchísimas cosas. Se las negué. Asocié tu llamada con su visita.

RAFAEL.—No fue Carola propiamente el motivo de mi llamada.

MIGUEL.—¡Oh! ¡Paciencia! ¡Paciencia! Yo también me he sentido así. Con deseos de entregar a Margarita y ponerle una lápida del tamaño de Gibraltar. Sobre todo cuando supe que averiguaba mis idas y venidas con aquella chiquilla. ¿Te acuerdas?

RAFAEL.—¡Claro!

MIGUEL.—¡Qué escena, Rafael! Bueno. Te la he descrito con lujo de detalles varias veces. Nos dijimos lo que no está escrito en los libros: imbécil, ogro, perro muerto. Un poco menos de cultura, considerando que somos profesores de universidad y nos hubiéramos roto la cabeza con los floreros. Después de confesarnos odio a muerte, me fui a un hotel por ocho días, en los cuales viví malhumorado, indigesto. Nos contentamos al noveno, y... patatín, patatán. Comenzó una nueva luna de miel que, ¡claro!, no tardó en fermentarse. (Pausa.) Te hago el recuento para que la misma escena no te coja desprevenido.

RAFAEL.—No me preocupa.

MIGUEL.—Si quieres a tu hijo, debes preocuparte.

RAFAEL.—¿Qué otra mujer existe en mi vida?

MIGUEL.—(Casi cómicamente.) ¿Que no?... Pues Carola ha confirmado antes de llegar a mi oficina que sales con otra.

RAFAEL.—¿Otra?

MIGUEL.—(Mirando a RAFAEL confundidamente.) ¡Sí! Otra.

RAFAEL.—Pues yo, Rafael, este, no la conoce.

MIGUEL.—¿Tú?... ¿Rafael?... (Sacudiendo la cabeza.) Vamos, Rafael... ¿Y puedes ser más de uno? ¿Puedes ser, por ejemplo, Rafael y Alberto?

RAFAEL.—¡Quizá! ¡Eso he venido a confirmar!

MIGUEL.—¡Déjate de bromas y escúchame! Alguien informó a Carola que te había visto con la otra en este café. Cuando regreses esta tarde no le digas, por nada del mundo, que estuviste aquí.

RAFAEL.—¡Escúchame a tu vez! Yo, Rafael, después de casarme, no he citado mujer alguna a este sitio ni a ningún otro.

MIGUEL.—(Entre sonriente y extraño.) ¡Rafael!

RAFAEL.—¡Te lo juro!

MIGUEL.—Entonces...

RAFAEL.—Entonces, ¿qué?

MIGUEL.—¡No serías tú!...

RAFAEL.—¿Crees haberme visto con otra mujer?

MIGUEL.—¿Creo?... Juraría... Ayer... En este café.

RAFAEL.—¿Mi cara?... ¿Mis gestos?...

MIGUEL.—¡Tú! ¡Exactamente tú!... Eso sí... Me extrañó que no me saludaras... Pero en estos casos se justifica el olvido. Por la dama. Yo me hago el desentendido muchas veces.

RAFAEL.—¿Es la única vez que has visto?...

MIGUEL.—¿Visto a quién?

RAFAEL.—A esa persona que se parece tanto a mí.

MIGUEL.—No... Te vi..., digo..., bueno..., le vi el miércoles..., y el domingo también.

RAFAEL.—¿Con ella?

MIGUEL.—Con ella...

RAFAEL.—¿Miércoles y domingo?

MIGUEL.—Miércoles y domingo. *(Súbitamente.)* ¡Rafael! ¡Por la Virgen! Admítelo de una vez. No te pido que cuentes tu vida íntima; pero me parece ridículo que te empeñes en hacerme comulgar con ruedas de molino. Anoche me encontraba aquí cuando llegaste con ella... Mujer interesantísima. Entraste a un reservado. Este, creo. Sí, este. Eras tú y nadie más que tú.

RAFAEL.—Miguel. He venido a comprobar si esa persona soy yo.

MIGUEL.—¿Tú?

RAFAEL.—*(Asintiendo con la cabeza.)* Sí. *(Pausa.)*

MIGUEL.—Pues... no te será difícil. Antonio te confirmará que el galán de anoche y tú son la misma persona.

RAFAEL.—Necesito saberlo. ¡Por mi hijo!

MIGUEL.—No comprendo...

RAFAEL.—Me tortura pensar que Rafaelito quede a merced de Carola.

MIGUEL.—¡Oh! ¿Piensas fugarte con ella?

RAFAEL.—Ya te he dicho que no la conozco.

MIGUEL.—¡Válgame el cielo!

(Entra ANTONIO con la taza de café en la bandeja.)

ANTONIO.—*(Poniendo la taza sobre la mesa.)* Acabadito de colar. No crea. Me cuesta una gran lucha en la cocina.

MIGUEL.—¡Antonio!

ANTONIO.—¡Señor!

MIGUEL.—¿Quién te pidió flores anoche para una dama?

ANTONIO.—*(Mirando a RAFAEL con una sonrisa.)*

RAFAEL.—¿Quién?

ANTONIO.—Bueno...

RAFAEL.—Habla sin miedo.

ANTONIO.—Pues usted, don Rafael.

MIGUEL.—¿Qué me dices?

RAFAEL.—*(Sin hacer caso a MIGUEL.)* ¿Estás seguro?

ANTONIO.—*(Con sorpresa.)* ¿Cómo seguro?

RAFAEL.—¿Podrías jurar que esa persona era yo?

ANTONIO.—*(Confundido.)* Don Rafael. No encuentro las preguntas muy claras. *(Creyendo comprender el motivo de la pregunta.)* Mire, don Rafael. Le juro que soy una tumba cuando me lo propongo. Si he hablado delante de don Miguel es porque don Miguel le ha visto entrar aquí. Pero delante de otras personas no se me escapará una sola palabra. En cuanto a su esposa, puedo decirle que nunca la he visto por aquí. *(Besando el signo de la cruz que hace con los dedos.)* ¡Palabra!

RAFAEL.—¡Antonio! ¡No trato de ocultar nada! ¡Habla con toda franqueza!

ANTONIO.—Bueno. La franqueza tiene límites..., y si a usted...

RAFAEL.—¿Era o no era yo? ¡La verdad!

ANTONIO.—Don Rafael, era usted. Ni más ni menos.

RAFAEL.—¿Hablabas y gesticulabas como yo?

ANTONIO.—¡Claro, claro! Solo que estaba de mejor humor que otras veces. Un humor distinto.

RAFAEL.—Explícate.

ANTONIO.—¿No era usted entonces?

RAFAEL.—Dime... ¿Cómo actuaba esa persona?

ANTONIO.—¿Esa persona o usted?

RAFAEL.—¡No importa!

ANTONIO.—Sí... Claro que no importa. En definitiva, a mí no me importa.

RAFAEL.—Prosigue...

ANTONIO.—Bueno. Pues usted..., digo..., el otro..., hablaba con entusiasmo..., reía..., el hombre más feliz de la tierra... Cuando me pidió las flores para la dama me dio una propina exagerada. Y mire que yo he recibido propinas grandes. Bueno. Me explico el humor. Con esa dama debe sentirse uno en la gloria. Una dama en todo el sentido de la palabra. ¿Verdad, don Miguel?

MIGUEL.—Mi amigo debe saber.

ANTONIO.—Ojos de mar tropical. Una sonrisa más bella que el sol de la mañana. ¡Y qué manos! Como azucenas. De la voz no hablemos. Un arrullo de palmeras. Una joya, como decimos aquí.

RAFAEL.—¿Nada, nada te hizo dudar de que fuera yo?

MIGUEL.—(Levantándose.) Si es broma, prosigue; pero si habla en serio..., bueno..., francamente, no sé qué pensar.

RAFAEL.—¡A ver! Una sola duda...

ANTONIO.—(Con una súplica.) ¡Don Rafael!

RAFAEL.—Contesta.

ANTONIO.—Pero imagínese que usted me ha ordenado flores el domingo..., el miércoles... y anoche... Lo único... (Pausa.)

RAFAEL.—Veamos.

ANTONIO.—¡Ah, sí! Lo único que podría traer dudas...

RAFAEL.—Sería que...

ANTONIO.—Bueno. Le llamé don Rafael delante de la dama y usted me corrigió... Me dijo que se llamaba Leonardo. Nombre que le había dado la..., la compañera. Yo comprendí inmediatamente. Tengo cierta experiencia. Domingo, miércoles y viernes le he llamado don Leonardo; pero no hay duda de que era don Rafael.

RAFAEL.—(Para sí.) ¡Leonardo!... Gracias, Antonio.

ANTONIO.—(Rompe a reír.) ¡Ja! ¡Ja!

MIGUEL.—¿De qué te ríes?

ANTONIO.—Este don Rafael es un bromista consumado. Por un momento me ha confundido. A mí. (Como RAFAEL guarda

silencio, ANTONIO deja de sonreír.) ¿Qué le sucede, don Rafael?

RAFAEL.—(Se pasa una mano por la frente, como si tratara de precisar un recuerdo.)

MIGUEL.—(Hace seña a ANTONIO de que salga.)

ANTONIO.—(Después de asentir con la cabeza.) Entendido que soy una tumba. (Sale.)

(RAFAEL permanece mudo, perdido en sus pensamientos.

MIGUEL lo contempla un instante, luego le toca por el hombro.)

MIGUEL.—¡Rafael!

RAFAEL.—(Levanta los ojos y los fija en MIGUEL extraviadamente.)

MIGUEL.—Sí, comprendo lo que pasa por tu ánimo. Remordimientos. Yo he pasado por remordimientos también. Y ahora mismo no estoy libre de ellos. Cada día las mujeres resultan más atractivas. Y uno no puede hacer nada contra eso.

RAFAEL.—(Para sí.) Es tan extraño, que nadie puede creerlo. Yo mismo no puedo creerlo.

MIGUEL.—Amigo mío. La primera vez que uno cae en esto, la conciencia molesta muchísimo. Uno se engaña continuamente diciéndose que no está enamorado. Aventurilla. Luego nos negamos a confesar que vivimos para la otra. Lo cierto es que nos posee de pie a cabeza, como antes nos poseyó la que sigue viviendo junto a uno. Tan pronto tenemos el valor de confesarlo comienzan los remordimientos. Entonces negamos a última hora. Pero es inútil, Rafael. Te lo digo yo, que he pasado por la experiencia tres o cuatro veces. Seguimos pensando en ella a viento y marea... Tiene el encanto de lo nuevo..., vivifica..., inspira. La chiquilla que tú conoces me rejuveneció diez años... Me convertí en otro..., o, mejor dicho, volví a ser el que era antes de casarme... Un muchacho alegre y medio tarambana... (Ríe.) ¿Qué cosas tiene la vida! (Pausa.)

RAFAEL.—(Hunde la cabeza entre las manos.)

MIGUEL.—(Pone una mano sobre la cabeza de RAFAEL.) Francamente..., al tiempo de casarnos ya sentimos la necesidad de la otra. Nos sentimos incompletos hasta que aparece la segunda. Se quiere a la esposa..., pero de manera distinta..., como

madre de nuestros hijos..., que es muy importante. A decir verdad, la mayor parte del tiempo vivo olvidado de Margarita. La otra solamente hace revivir lo que se ha perdido entre mi mujer y yo.

RAFAEL.—*(Levanta la cabeza y mira extrañado a MIGUEL, como si no le conociera.)*

MIGUEL.—Chico. ¿Por qué miras así?

RAFAEL.—*(Se incorpora lentamente.)* ¿Dónde estoy?

MIGUEL.—*(Con susto.)* ¡Rafael!

RAFAEL.—¿Quién es usted?

MIGUEL.—¿Te has propuesto asustarme?

RAFAEL.—¡Un teléfono! ¿Hay un teléfono cerca? *(Se dirige a la puerta.)*

MIGUEL.—*(Agarrándolo.)* ¿Qué diablos te sucede?

RAFAEL.—Necesito llamar antes de que sea tarde. El otro es más fuerte y me deja vivir muy poco tiempo.

MIGUEL.—Espera. Si la bebida te ha hecho daño, mejor es que te sientes aquí.

RAFAEL.—Necesito hablar por teléfono.

MIGUEL.—Siéntate. Llamaré a Carola. Le diré que te retengo por un asunto importante.

RAFAEL.—*(Forcejeando.)* ¡Suéltame! *(Se libra de MIGUEL y da un paso. Se detiene poseído de un fuerte mareo.)* ¡Pronto! Un teléfono, antes que venga el otro. ¡Ella puede salvarme! *(Vacila y MIGUEL corre a sostenerlo.)*

MIGUEL.—*(Confundido.)* ¡Rafael! *(Lo ayuda a sentarse. La cabeza de RAFAEL cae sobre la mesa. MIGUEL se acerca a la puerta.)* ¡Antonio! *(Como nadie responde, sale en busca de ANTONIO. Afuera.)* ¡Antonio!

(RAFAEL hace un esfuerzo por incorporar la cabeza, lo cual logra con gran dificultad. La sacude como si despertara de un sueño; luego la deja hundida entre las manos. Entra MIGUEL, seguido de ANTONIO, quien trae una taza de café en la mano.)

MIGUEL.—¡Rafael!

RAFAEL.—*(Levanta la cabeza con esfuerzo.)*

MIGUEL.—¿Oyes claramente?

RAFAEL.—Sí... Claro que oigo... ¿Qué sucede?

MIGUEL.—El café te ayudará a despejar el malestar del vino.

RAFAEL.—¿Vino?... Apenas me he tomado una copa. ¿No es cierto, Antonio?

MIGUEL.—¿Y antes de llegar aquí?

RAFAEL.—Vine directamente de la redacción. *(Pausa.)* ¿Qué ha sucedido?

MIGUEL.—¡Nada! ¡Un mareo! Creíamos que habías bebido demasiado vino... Vamos... tómate la taza de café.

ANTONIO.—*(Le ofrece la taza.)*

RAFAEL.—No. No la necesito. Ya me siento bien...

MIGUEL.—¡Chico! Me has dado el gran susto.

ANTONIO.—Y a mí no se diga. *(Pausa.)*

RAFAEL.—*(Después de mirarlos un instante.)* ¿Qué hice? ¿Qué dije?

MIGUEL.—¿No recuerdas nada?

RAFAEL.—Nada. *(Pausa.)* ¿Qué dije?

MIGUEL.—Te empeñaste en hablar por teléfono. ¿Tienes que hacer alguna llamada?

RAFAEL.—No. Ninguna que yo recuerde. ¿Qué más dije?

MIGUEL.—Hablaste de alguien empeñado en destruirte... ¿Es casada?

RAFAEL.—¿Quién?

MIGUEL.—Ella.

RAFAEL.—¡Ah!... ¿Pronuncié su nombre?

MIGUEL.—¡No!

RAFAEL.—¿Es lástima!

MIGUEL.—¿Por qué?

RAFAEL.—*(Sacando el pañuelo de mujer de un bolsillo.)* ¿Quisiera saberlo!

MIGUEL.—*(Toma el pañuelo y mira la inicial.)* ¡De!

RAFAEL.—¡Dora! ¡Diana!... Antonio, ¿sabes el nombre de la dama que acompañó a Leonardo?

ANTONIO.—¿A quién?... ¡Ah! Veo... Don Leonardo... Pues no... No lo sé... Don Leonardo nunca lo ha pronunciado delante de mí... Y si lo pronuncia, me daré por sordo.

MIGUEL.—(*Entregándole el pañuelo a RAFAEL.*) ¡Rafael! Francamente... Todo esto me parece absurdo.

ANTONIO.—Y a mí también. (*A RAFAEL.*) Déjeme mirarle. (*Después de examinarle.*) ¡Que don Rafael nos sea don Leonardo! ¡Válgame el cielo!

RAFAEL.—(*Contemplando el pañuelo.*) Quizá Leonardo sea Rafael. El verdadero Rafael: el hombre libre encarcelado por este miserable Rafael anulado entre él y su hijo. (*Pausa. Levantándose.*) Miguel... La vida está enamorada del amor y la libertad.

MIGUEL.—¡Claro!... ¡Claro!... Pero muchísimas complicaciones inútiles nos amarran a un sinfín de estupideces. La verdad es que si fuera soltero no me volvería a casar.

RAFAEL.—No podemos negarnos a ella tan fácilmente. Posee la fuerza maravillosa de esos príncipes que en los cuentos de hadas libertan la poesía de la fealdad.

MIGUEL.—No comprendo.

ANTONIO.—Ni yo...

RAFAEL.—Pues yo comprendo ahora... (*Con angustia.*) Y tendré que luchar contra ella por mi hijo. (*Pausa.*)

MIGUEL.—(*Después de mirarlo unos segundos.*) Rafael..., ¿te sientes enfermo?

RAFAEL.—Pudriéndome...

MIGUEL.—Escúchame... Al principio creí que bromeabas; pero ahora tengo dudas...; algo extraño te sucede. Mañana debes consultar a un médico.

RAFAEL.—¡Oh, sí!... Consultaré mañana. Me resigné a la muerte hace tiempo..., pero hay que enterrar al cadáver para que no se convierta en mariposa. (*Pausa. Dirigiéndose a la puerta.*) Acompañame. No quiero desviarme el camino.

MIGUEL.—¡Un consejo!

RAFAEL.—(*Se detiene junto a la puerta.*)

MIGUEL.—No le hagas caso a Carola. Después de todo es la madre de tu hijo. Niégalo hasta creerlo tú también que quieres a otra mujer. Con el tiempo te acostumbrarás a vivir para dos: la poesía y el deber, como tú dirías.

RAFAEL.—(*Sale.*)

(MIGUEL hace ademán de salir. ANTONIO hace un ruido alusivo con la garganta.)

MIGUEL.—(*Volviéndose.*) Se me olvidaba. (*Se lleva la mano a la cartera.*)

ANTONIO.—¡Oh! Por mí no se preocupe. Con propina o sin ella soy el mismo servidor.

MIGUEL.—(*Extrayendo una moneda de la cartera.*) Te lo creo.

ANTONIO.—Gracias.

MIGUEL.—(*Preocupado, señalando la puerta por donde ha salido RAFAEL.*) ¿Qué opinas?

ANTONIO.—Que hay mujeres que le trastornan la cabeza al más bendito. Me parece que la dama es una de ellas..., pero ¡quién se lo dice ahora a don Rafael!... El hombre no sabe qué hacer y se inventa estas cosas.

MIGUEL.—No sé...: Estoy confundido... Creía que era broma..., pero podría ser locura... De todas maneras te ruego que guardes silencio.

ANTONIO.—Descuide. Para los efectos, don Rafael es una persona y don Leonardo es otra. Esto resuelve el asunto.

MIGUEL.—(*Extiende otra moneda a ANTONIO.*)

ANTONIO.—(*Tomando la moneda.*) Si es necesario, negaré que conozco a don Rafael.

MIGUEL.—Será lo más sabio si su mujer pregunta por él. Gracias, Antonio.

ANTONIO.—(*Con una reverencia.*) No hay de qué.

(*Sale MIGUEL.*)

TELÓN RÁPIDO

CUADRO TERCERO

DE NOCHE

Sala del primer cuadro

Se abre la puerta de la calle y entra RAFAEL, quien se detiene unos segundos junto a ella con cierta vacilación. Luego cierra la puerta tras sí y se dirige lentamente al sofá, donde se sienta. Después de meditar unos segundos, extrae el pañuelo de mujer de un bolsillo y lo contempla. Lo guarda y hunde la cabeza entre las manos.

Aparece CAROLA en la puerta del fondo, tensa, con la mirada cargada de ira. RAFAEL alza la cabeza, mira a CAROLA y luego vuelve la vista al vacío.

CAROLA.—(Desde el fondo, con voz ronca.) ¿Cómo se llama?

RAFAEL.—(Sin mirar a CAROLA.) No sé.

CAROLA.—(Acercándose.) ¿Dónde vive?

RAFAEL.—No sé.

CAROLA.—Es inútil que mientas. He confirmado que existe esa.

RAFAEL.—(Mirando a CAROLA por primera vez.) Te será difícil entender lo que sucede, pero quiero explicártelo. No quiero separarme de ti.

CAROLA.—(Sin hacer caso.) Solo me falta averiguar su nombre y el sitio donde vive.

RAFAEL.—(Levantándose.) Si no me escuchas, podrías perderme definitivamente. Y no quiero que me pierdas.

CAROLA.—¡Oh! No te preocupes por mí. No te perderé. Al menos tus pensamientos. Y eso es lo que importa. En brazos de la otra te perseguirá el recuerdo de nuestro hijo.

RAFAEL.—Nada me perseguirá, Carola.

CAROLA.—¿Tan seguro te hace sentir?

RAFAEL.—Escucha.

CAROLA.—¿Acaso la quieres más que a Rafaelito?

RAFAEL.—Te juro que no la conozco.

CAROLA.—¿Tan pronto te olvidaste de ella? Anoche te vieron con ella en el café junto al mar.

RAFAEL.—¡Quizá era yo!

CAROLA.—¿Quizá? (Ríe histéricamente.) Bueno. ¡Quizá!

RAFAEL.—Carola, es posible que una persona viva dos vidas. Una distinta de la otra. Quizá yo sea este y otro que no conozco.

CAROLA.—(Rompe a reír nuevamente.)

RAFAEL.—Es posible que ayer, el miércoles, el domingo, haya estado con otra mujer.

CAROLA.—(Deja de reír súbitamente.)

RAFAEL.—Es posible... Yo también investigué... Miguel cree haberme visto con una mujer en el café junto al mar.

CAROLA.—¡Ah!... Vamos.

RAFAEL.—Pero yo no la recuerdo... Quizá fuera yo, quizá me hayan confundido.

CAROLA.—La ciudad entera te ha confundido, y ha confundido la patente de tu automóvil también. (Pausa.)

RAFAEL.—(Para sí.) Debo ser yo... (A CAROLA.) Soy yo...

CAROLA.—¿Lo confiesas?

RAFAEL.—Confieso que soy dos... y que este desconoce al otro... Es todo lo que puedo confesar... Carola, es necesario que me escuches. Si soy dos..., mañana podría ser el otro... distinto a este..., olvidado de mi hijo.

CAROLA.—¿Olvidado de tu hijo?

RAFAEL.—Sí. Totalmente olvidado de mi hijo.

CAROLA.—Esas brujas no pueden contra el tiempo. No tardarás en recordar a Rafaelito.

RAFAEL.—Pues sí. Mañana podría ser el otro para siempre. El otro recuerdo de este. Sin recuerdo de este. Nacido a otra vida. Como ayer, como el miércoles, como el domingo.

(Pausa. CAROLA sonríe sarcásticamente, mientras RAFAEL la mira con angustia.)

RAFAEL.—Quiero que visites a un médico conmigo. Comprobarás que todo lo que digo puede suceder.

CAROLA.—¿No crees que ya basta de melodramas?

RAFAEL.—¡Carola! Tienes que ayudarme.

CAROLA.—¡Basta!

RAFAEL.—Tienes que ayudarme antes que sea tarde. No

quiero convertirme en el otro. Yo quiero ser Rafael, el que conoce a mi hijo. Tú sabes cómo quiero a mi hijo. Yo quiero vivir para él.

CAROLA.—¿Pides perdón?

RAFAEL.—¿Perdón por qué?

CAROLA.—Es inútil que lo pidas. He decidido separarme de ti, aunque me jures y perjures que no la volverás a ver.

RAFAEL.—¿Qué te propones?...

CAROLA.—Mañana comenzaré las gestiones para el divorcio. *(Hace ademán de irse.)*

RAFAEL.—*(Agarrándola.)* Espera dos o tres días. Escucha a un médico.

CAROLA.—*(Impasible.)* Rafaelito y yo nos vamos ahora mismo a casa de mi padre. Para siempre.

RAFAEL.—*(Montando en cólera.)* ¿Me quieres más indigno y cobarde aún?

CAROLA.—No te preocupes. Puedes irte con ella ahora mismo. Vete. Te ordeno que te vayas. Tú con ella y yo con Rafaelito.

RAFAEL.—*(Agarrándola con ambos brazos.)* ¿Sabes que tu violencia tiene un límite?

CAROLA.—*(Desafiante.)* ¿Cuál?

RAFAEL.—Si comenzara a oprimirte la garganta, lo sabrías. Con apretar mis dedos un poco, apenas un poco, libraría el alma de mi hijo de tu sombra venenosa. Nada podría tu vanidad de niña malcriada ni tu perverso afán de poseer por poseer. Con oprimir tu garganta unos segundos, ¿me oyes?, unos miserables segundos..., acabaría con tu vida cancerosa.

CAROLA.—¡Oprímela!

RAFAEL.—*(Le oprime la garganta con una mano mientras la sostiene con un brazo.)*

CAROLA.—*(Ahogada.)* ¡Oprímela!

RAFAEL.—*(Se contiene súbitamente y afloja la mano que estrangula a CAROLA.)* ¡Hiena! ¡Eso es lo que deseas! Vengarte de cualquier modo.

CAROLA.—¡Vamos! ¡Oprime! ¡Estrangula!

RAFAEL.—*(La mira un instante con ojos perdidos. La suelta y se lleva una mano a la frente.)*

CAROLA.—*(Agarrando un brazo de RAFAEL.)* ¿Miedo?

RAFAEL.—*(Se suelta del brazo de CAROLA y da unos pasos en el vacío.)*

CAROLA.—*(Erecta y desafiante.)* ¡Cobarde!

RAFAEL.—*(Se deja caer en el sofá y hunde la cabeza entre las manos.)*

CAROLA.—Tu palabrería de sabio e inteligente esconde eso: un cobarde y un hipócrita. No tienes ni valor para irte ni valor para quitarme de en medio.

RAFAEL.—*(Mueve la cabeza entre las manos como si luchara consigo mismo.)*

CAROLA.—¿Qué eres, en resumidas cuentas? ¡Un muñeco de hombre! ¡Nada más que un muñeco! ¡Empujado por mí a representar en mi clase! ¿Lo oyes? Por mí has ganado prestigio y posición. Por mí te has librado de ser uno más de la pobrería mulata, que tanto te llenaba la cabeza. ¡Mal agradecido!

RAFAEL.—*(Alza la cabeza y mira alrededor.)* ¿Dónde estoy?

CAROLA.—En la casa que compraste con mi dinero.

RAFAEL.—*(Volviéndose hacia CAROLA.)* ¿Quién es usted?

CAROLA.—¡Tu dueña! *(Pausa.)*

RAFAEL.—*(Con ingenuidad.)* ¿Qué dijo usted?

CAROLA.—¡Idiota!

RAFAEL.—*(La mira sin comprender. Se pasa una mano por el rostro como si despejara brumas. Luego mira a CAROLA otra vez.)* ¡Por favor! ¿Cómo he llegado aquí?

CAROLA.—La bruja esa te traería en su escoba.

RAFAEL.—*(Mira a CAROLA aturdidamente.)* ¿De qué habla? No comprendo.

CAROLA.—Vamos. Ha salido a escena el actorzuelo.

RAFAEL.—*(Con desesperación.)* ¿Dónde estoy? ¿Quién soy?

CAROLA.—¿Pues quién va a ser? *(Burlonamente.)* ¡El otro!

RAFAEL.—¿Quién?

CAROLA.—No tengo el gusto de conocerle.

RAFAEL.—*(Se lleva una mano a la frente.)* Ahora recuerdo... Sí... Tengo nombre... Leonardo... El nombre que me dio ella.

CAROLA.—¿La dama que le acompaña?

RAFAEL.—¡Sí! ¡Ella! Vagaba perdido por la ciudad..., sin pasado, sin nombre... Me tomó del brazo y me llevó a un café junto al mar. Allí trató en vano de hacerme recordar mi vida anterior. Debe usted saber que no tengo vida anterior.

CAROLA.—¿Qué interesante!

RAFAEL.—Fue entonces que me dio nombre: Leonardo.

CAROLA.—¿Qué romántico!

RAFAEL.—Dinorah es una mujer extraordinaria.

CAROLA.—¿Dinorah!

RAFAEL.—Sí. Junto a ella la vida crece libre y hermosa. Se siente uno con deseos de luchar por la verdad que niega el otro.

CAROLA.—¿Quién?

RAFAEL.—¡Ah! ¡Si supiera quién es!... ¡Si pudiera precisar su rostro, su forma de hablar, me enfrentaría a él! Pero siempre se mueve a mis espaldas, y cuando yo me vuelvo para sorprenderle, ya él ha dado la vuelta también. Lo que me enloquece es que acaba por dominarme y convertirme en él. Entonces..., entonces desaparezo. No soy nadie. No existo.

CAROLA.—¿Y ella?...

RAFAEL.—¿Qué sabe un muerto de un vivo? *(Pausa. Se vuelve súbitamente hacia la puerta de la calle.)* ¿Quién llega?

CAROLA.—El otro, quizá.

RAFAEL.—*(Corre a la puerta y la abre. Mira al exterior y la cierra.)* No. No era él. Siempre me deja libre unos minutos; pero podría llegar en cualquier momento. *(A CAROLA.)* ¿Hay teléfono en la casa?

CAROLA.—¿Para qué?

RAFAEL.—Para llamar a Dinorah. Ella me puede salvar. *(RAFAEL alcanza a ver el teléfono junto al sofá y se dirige a él.)*

CAROLA.—*(Interponiéndose.)* ¡No! ¡Eso no lo permito desde aquí!

RAFAEL.—¿Por qué?

CAROLA.—¿Farsante!

RAFAEL.—¿Por favor! ¡Déjeme llamar!

CAROLA.—Llevas muy lejos esta pantomima. Te puede costar caro en la corte.

RAFAEL.—*(Apartándola.)* Lo siento, pero tengo que llamar de cualquier modo. *(Se llega al teléfono y descuelga el audífono.)*

CAROLA.—*(Abalanzándose sobre el brazo que sostiene el audífono.)* ¿Crees que voy a permitir esta humillación también?

RAFAEL.—*(Deja el audífono en la mesita y la agarra por los brazos.)* Le he dicho que necesito llamar.

CAROLA.—¿Suéltame!

RAFAEL.—*(Forzándola con una llave y atrayéndola contra sí.)* Cuando termine de hablar por teléfono.

CAROLA.—Te juro que irás a la cárcel.

RAFAEL.—¿Quieta! *(La aprieta contra sí de modo que la inmoviliza.)* No sabe cómo me repugna esta violencia; pero tengo que llamar a Dinorah. *(CAROLA hace un esfuerzo por librarse.)* Necesito llamarla inmediatamente. Ahora que soy Leonardo. El que deseo ser.

CAROLA.—No te dejaré hablar con ella.

RAFAEL.—Sí. Hablaré. Tengo que hablar con ella antes que llegue el otro. *(Comienza a marcar el número con la mano que le queda libre.)* Créame. No quiero hacerle daño; pero es cuestión de vida o muerte. Dentro de unos minutos podría morir para Dinorah. *(Marca el segundo número acompañado del forcejeo de CAROLA.)* Calma. Trate de comprender. ¿Le gustaría vivir esclavizada a otra persona? Es la tortura más grande que conoce el hombre. Lo que pretende el otro de mí. *(Marca el tercer número.)* Vamos. Yo comprendo que todo esto le parecerá abusivo y extraño, pero ya le dije que es cuestión de vida o muerte de mi alma. Y el alma desea vida libre y eterna. *(Marca el cuarto número.)* Le pido una vez más que me perdone. *(Marca el quinto número y agarra el audífono.)* ¿Cuestión de un minuto!... ¿Dinorah?

CAROLA.—*(Con un grito de furia.)* ¡Canalla!

RAFAEL.—*(A DINORAH.)* No haga caso. Te explicaré... Como siempre, me he hallado de pronto en un sitio desconocido...

CAROLA.—¿En casa de su mujer!

RAFAEL.—(A DINORAH.) ...y temiendo que el otro venga a esclavizarme.

CAROLA.—¡Trucos de sinvergüenza!

RAFAEL.—(A CAROLA.) Vamos. No sea vulgar.

CAROLA.—¡Hijo de mala...!

RAFAEL.—(La atrae contra sí de modo que le corta el habla. A DINORAH.) Ahora podemos hablar con calma y sin interrupciones. Te iba a decir que me he visto en la necesidad de llamar a la fuerza desde la casa en que me hallo... Sí... Era la señora de la casa quien gritaba. Te imaginarás su estado de nervios. Un hombre a quien no conoce la aprieta contra sí mientras usa el teléfono para llamar a otra dama. (Ríe.) No queda más remedio que reír. Mi vida es un continuo absurdo, pero tú la puedes ordenar. Tú conoces la fe que tengo en ti. (CAROLA forcejea violentamente, pero RAFAEL la aquieta. A DINORAH.) Escúchame con mucha atención. Me parece que el otro ya viene por mí. Algo me indica que se acerca. Por la espalda, como siempre. (Vuelve la cabeza hacia la puerta del fondo. A DINORAH.) ¡Dinorah! Ya comenzó a llamarme; pero esta noche no le será fácil dominarme si tú me ayudas. Tú puedes salvarme. (Vuelve la cabeza hacia la puerta del fondo. Con DINORAH.) Contéstame una sola pregunta... ¿Quieres viajar conmigo para el extranjero?... Piensa antes de contestar. (Vuelve la cabeza nuevamente hacia la puerta del fondo. Al vacío.) Esta noche no te será fácil... (A DINORAH.) ¿Qué decides? (Pausa.) ¿Sí? ¿Te decides?... Pues partimos inmediatamente...

CAROLA.—(Se libra de RAFAEL y se abalanza sobre el audífono.) ¡Putá!

RAFAEL.—(Apartándola.) No hagas caso. La señora otra vez. (Agarra a CAROLA por el cabello y la inmoviliza.) Bueno. Entonces salgo inmediatamente para tu casa... No te apures... El otro me llama en vano. (Cuelga el audífono y suelta a CAROLA, quien se abalanza como una fiera sobre él. RAFAEL la atenaza por los brazos y la empuja hasta el sofá.) Recupérese un rato y le pasará el estado de nervios.

CAROLA.—(Al borde de un llanto histérico.) ¡Mañana yo soy la que voy a ver!

RAFAEL.—Una vez más le pido perdón por mi atrevimiento. (La obliga a sentarse.)

CAROLA.—(Rompiendo a llorar.) ¡Criminal!

RAFAEL.—¡Oh! Criminal por unos magullones más o menos. No exagere. Violento por necesidad. Hay circunstancias en que el hombre no es dueño de sí y actúa como un animal acorralado. Ante la muerte de su alma, por ejemplo; pero ya ha pasado el momento y le pido perdón. Me parece que la decisión de Dinorah me libraré del otro... (Se vuelve al fondo.) Ven. Intenta esclavizarme. (Ríe.) Esta noche yo soy el que ordeno. (A CAROLA.) Dinorah me inspira, me posee, como la tierra posee al árbol, haciéndole crecer hacia la brisa. Es como únicamente podría vivir. Libre para el sueño que impulsa el mundo. Créame. Hombre sin poesía, hombre muerto. (Extrae de un bolsillo el pañuelo de mujer. Esgrimiéndolo hacia el fondo.) Aquí reside mi fuerza, cobarde, imbécil. Ningún destino estrecho me limita. Puedo afirmar mi vida puramente. Soy un hombre libre de negaciones. (Se dirige a la puerta de la calle.)

CAROLA.—(Alzando la cabeza rápidamente.) ¡Rafael!

RAFAEL.—(Junto a la puerta.) Rafael, no. Leonardo... (Sale.)

(CAROLA permanece inmóvil, sentada. Telón lento.)

FIN DE
"UN CUENTO DE HADAS"

Seminario Multidisciplinario Josemilio González
Bachillerato de Estudios Interdisciplinarios
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras